

De vuelta sobre el Ajbār Maǧmū'a: la historia de la invasión y de los valíes

DOLORES OLIVER PÉREZ

Los últimos estudios realizados sobre el Ajbār Maǧmū'a nos obligan a rectificar ciertas teorías que, expuestas en dos artículos previos¹, afectan a la parte denominada por Sánchez Albornoiz "Historia de la invasión y de los valíes"², fragmento cuyo análisis nunca nos dejó plenamente satisfechos.

La irregularidad de su estilo y lenguaje nos llevaba a deducir la intervención de varias manos, pero no nos sentíamos capaces de precisar qué párrafos pertenecían a cada autor en particular o si determinadas frases, calificadas por Sánchez Albornoiz de eruditas, correspondían a interpolaciones del cronista del siglo IX o formaban parte intrínseca de su propia redacción. Ante la imposibilidad de encontrar respuesta a las muchas interrogantes que se nos planteaban, en el artículo "Los autores del Ajbār: ¿Los Tammām b. 'Alqama?" optamos por dos hipótesis: la de considerarlos apuntes de Tammām b. 'Alqama que más tarde fueron ordenados y retocados por Tammām b. 'Āmir, o la de atribuir a este segundo su autoría, aunque sugiriendo la posibilidad de que a las noticias recogidas por él agregara otras tomadas de notas de su antepasado.

Dado que dichas suposiciones no terminaban de convencernos, cuando ya habíamos prácticamente concluido un segundo artículo, "El Ajbār Maǧmū'a: una obra polémica", decidimos efectuar una nueva y minuciosa lectura de la primera parte con la esperanza de clarificar alguna de las muchas dudas que seguían martilleando nuestra mente. Al prestar atención a sus contenidos y tratar de captar en qué momentos el estilo de la redacción variaba sensiblemente, creímos percibir que la historia de la conquista y la correspondiente a los valíes habían sido concebidas por dos autores con una mentalidad y cultura muy distinta y que dichas páginas contenían, además, interpolaciones de una tercera mano.

El deseo de comprobar hasta qué punto dicha tesis no era fruto de nuestra imaginación nos llevó a examinar los datos ofrecidos en ambos trabajos sobre las voces y expresiones localizadas en las treinta primeras páginas y pronto descubrimos que permitían corroborar la nueva hipótesis, además de sacar a la luz el grave error cometido en los anteriores análisis. Al haber partido de una

¹ Cfr. Los autores del *Ajbār Maǧmū'a*: ¿Los Tammām b. 'Alqama?, en AEA, 12 (2001), 513-554 (cfr. en particular, pp. 542-45, 553) y "El *Ajbār Maǧmū'a*: Una obra polémica", que será publicado, Dios mediante, en *Qurṭuba*, 6, 2001.

² C. Sánchez Albornoiz, *El Ajbār Maǧmū'a: Cuestiones historiográficas que suscita*, Buenos Aires 1944 (cit. SA, *Ajbār*), capítulo II, pp. 41-77. Remitimos a esta obra siempre que se reproduzcan frases u opiniones suyas sin citar otro trabajo.

premisa falsa, la de dar por sentado, siguiendo la opinión de los estudiosos del *Ajbār*, que los relatos de la conquista y de los valíes formaban un sólo cuerpo, comparamos su lenguaje y estilo con el de otros fragmentos para después sacar conclusiones relativas a todo él y achacar su irregularidad al hecho de estar ante tradiciones orales tomadas de narradores que hablaban un lenguaje distinto.

Al comprobar que los últimos estudios obligaban a distinguir dos crónicas y, consecuentemente, a rectificar afirmaciones previas, decidimos, tras ampliar nuestra investigación, preparar el presente artículo, que se dividirá en tres partes. La primera la dedicamos a la “historia de los valíes”, atribuida por nosotros al autor del siglo VIII; la segunda al “relato de la conquista”, fragmento que, pensamos, fue redactado por el historiador y poeta del IX; en la tercera y última damos a conocer, a modo de conclusión, nuestro parecer de cómo se fue creando y reconstruyendo la hasta ahora llamada “historia de la invasión y de los valíes” y complementamos dicha visión con la correspondiente al resto de la obra.

1. LA HISTORIA DE LOS VALÍES DE AL-ANDALUS

En nuestra opinión, el texto árabe que abarca desde el inicio de esta crónica hasta la página 4.8³ y desde la 20.15⁴ hasta la 30.10 debe atribuirse al autor de la llamada “historia de las guerras civiles”⁵, es decir, al guerrero y tradicionista del VIII que venimos identificando con Tammām b. ‘Alqama. He aquí los motivos que nos mueven en la actualidad a formular dicha afirmación:

1.1. *Contenidos y modo de expresarlos*

Lo primero que llama la atención es lo inapropiado del título asignado a este fragmento, “historia de los valíes de al-Andalus”, cuando su lectura pone de manifiesto que la intención de su compositor no es la de informar sobre los sucesivos personajes que gobernaron dicha región, sino la de transmitir noticias en torno a dos puntos muy concretos: los problemas internos que tuvieron que afrontar los califas omeyas de Damasco, los cuales ocasionaron la pérdida temporal de territorios en la zona oriental y el cese de expediciones a Ifrīqiya; y la

³ En el artículo publicado en esta revista (p. 516, 521-2) defendimos que las dos primeras páginas pertenecieron en su origen a la crónica siria, por considerar que no encajaban como introducción de la conquista de al-Andalus, tesis que hemos abandonado. Queremos también señalar que en este trabajo, al igual que en los anteriores, remitimos a la ed. de E. Lafuente Alcántara, Madrid, 1867.

⁴ Aunque fijamos el comienzo de la segunda parte del texto originario en la p. 20.15, opinamos que el cronista del IX ha completado la historia sobre el palacio de Muǧīl, que en los viejos papeles concluía en 20.10. Asimismo creemos que en su redacción sobre la muerte de ‘Abd al-‘Azīz utilizó apuntes de su antepasado y reprodujo alguna frase suya como es la relativa a que cundió la nueva entre “los principales del *yund*”.

⁵ Al aludir al texto comprendido entre las pp. 30.10 y 100.1 utilizamos indistintamente la expresión “crónica siria” o la elegida por Sánchez Albornoz: “historia de las guerras civiles”.

preocupación de éstos por conquistar nuevos territorios en Occidente y consolidar su dominio sobre ellos, política que en un principio se centra en el Norte de África, para más tarde extenderse a al-Andalus.

El libro se inicia (p. 2.6-4.8) con alusiones a las guerras intestinas que tuvieron lugar en Oriente, debidas por un lado al alzamiento de Ibn Zubayr que, apoyado por los habitantes de la Meca y Medina, trató de arrebatar el trono a los Omeyas; por otro, a las sublevaciones dirigidas por Ibn al-Aṣ'aṭ en Jurasán y por los Azraqíes de Iraq, ocupándose su autor de destacar cómo dichos conflictos permitieron a bizantinos, kurdos y persas recuperar antiguos territorios, "expulsando de ellos a los sirios". Después, y dando importancia capital al periodo de 'Abd al-Malik y de al-Walīd, explica que el primero "los combate enérgicamente y los arroja de algunas comarcas", siendo su sucesor "el que penetra hasta los últimos confines del territorio, y consiga reconquistar las ciudades tomadas por bizantinos y persas", aunque no así las que estaban en poder de los kurdos.

En lo que atañe a la política exterior de los Omeyas ofrece una exposición muy desordenada y, en su deseo de ligar los avances en el Norte de Africa con los desórdenes surgidos en Oriente, va y viene sobre determinados califas incluyendo al antepasado del fundador de la dinastía omeya. Cuenta que las sublevaciones contra 'Uṭmān provocaron la interrupción de expediciones a Ifrīqiya y permitieron a los berberiscos recuperarse pero que, "sosegada aquella perturbación bajo Mu'āwiya, se reanudan las conquistas". Asimismo, da a conocer que en el periodo de su sucesor, Yazīd b. Mu'āwiya (680-3), 'Uqba b. al-Nāfi fortifica Qayrawān, combate Tánger y es derrotado y muerto por los beréberes de la tribu Awraba. Por dos veces se detiene para destacar que "de todo los países fronterizos ninguno le preocupaba tanto a al-Walīd como Ifrīqiya" y, tras informar que encargó el gobierno de dicha región y de zonas ulteriores a Mūsā b. Nuṣayr, hablará de los componentes de su ejército y de los logros que consigue. Los datos que en este caso está interesado en transmitir son los siguientes: Musa salió de Oriente con un grupo de voluntarios "del que no formaban parte tropas de los ʿyund-s de Siria"; en Egipto se sumaron contingentes de la colonia militar allí establecida; continuó su marcha y, llevando como jefe de la vanguardia a Ṭāriq b. Ziyād, conquistó comarcas y ciudades beréberes hasta llegar a Tánger, de la cual se apoderó por primera vez "aunque algunos opinan que ya había sido conquistada y perdida", dato que "solo Dios sabe si es cierto" (Allāhu a'lam). Finalmente, cierra esta breve introducción o primera parte del fragmento, en la que en ningún momento se menciona al-Andalus, con la frase: "Mūsā escribió al califa al-Walīd informándole de todo lo sucedido" (4.8).

Aunque estamos convencidos de que los papeles originales contendrían alguna noticia sobre la conquista de la Península el cambio radical de estilo y

lenguaje, que se constata a partir del siguiente párrafo⁶ y hasta la página 20.11, nos lleva a apoyar la existencia de un segundo cronista el cual, tras copiar al pie de la letra las primeras páginas, decide redactar las correspondientes a “la historia de la invasión”, para después, una vez descrita la muerte de ‘Abd al-‘Azīz b. Mūsā, volver a reproducir los viejos apuntes relativos al gobierno de los primeros valíes, quizá porque ni la historia de lo sucedido en Oriente ni la de los gobernadores de al-Andalus anteriores a ‘Uqba eran objeto de su interés.

La considerada por nosotros segunda parte del texto del tradicionista del siglo VIII se inicia con “el califa que viene después [de al-Walīd] es Sulaymān b. ‘Abd al-Malik, bajo cuyo gobierno se conquistaron muchas ciudades”, y semeja compartir con la primera un enfoque similar; el de visualizar los acaeceres desde Oriente. El objetivo de su compositor es el de informar de manera muy superficial de los principales acontecimientos que tienen lugar en Occidente “bajo los sucesivos califas de Damasco” y el de dar a conocer el nombre de los más destacados gobernadores que eligieron para Ifrīqiya y de los que a su vez estos últimos o bien los soberanos omeyas nombraron para al-Andalus.

Si centramos la atención en las noticias referentes a la Península Ibérica vemos que, a pesar de intercalar algunas anécdotas, ofrece un relato lleno de lagunas y de errores, además de ser escueto, impersonal y confuso⁷. A las palabras de Sánchez Albornoz (ob. cit., p. 204) de que “el autor del primer fragmento ignora todo o casi todo de la historia de los valíes” hemos de añadir que no se preocupa de presentar la lista completa de los gobernadores⁸; comete incorrecciones al reproducir sus nombres o los de la tribu a la que pertenecen⁹; no siempre los cita en el orden adecuado¹⁰ y con respecto a algunos bien da noticias

⁶ Hemos de señalar nuestras dudas con respecto a la primera frase (4.8-10): “Mūsā partió con dirección a las ciudades de la costa del mar en las que había gobernadores del *sāhib al-Andalus*”, al constatar que el cronista de esta parte nunca denomina de esa forma a Rodrigo. Por el contrario muestra una clara inclinación por el uso de *malik* y de *malik al-Andalus* tanto al aludir a Rodrigo (5.7.9; 7.3, 7-8, 10.5) como a Witiza (5.1; 8.5) y a los representantes de la nobleza goda (5.4-5, 7.13, 10.13; 12.2).

⁷ En particular, produce gran confusión la lectura de los dos primeros párrafos donde va y viene sobre los mismos hechos y se contradice. Comienza señalando que los andalusíes eligieron a Ibn Ḥabīb (cfr. nota 11); pasa a la historia del palacio de Muḡīl y retorna a Sulaymān para indicar que, al enterarse del asesinato de ‘Abd al-‘Azīz b. Mūsā, nombra gobernador de Ifrīqiya a ‘Ubayd Allāh b. Zayd [o sea, a Muḥammad b. Yazīd], ordenándole investigar su muerte, para añadir que éste mandó como valí de al-Andalus a al-Ḥurr b. ‘Abd al-Raḥmān al Ṭaqafī con la misión de resolver dicho asunto.

⁸ De los trece primeros, hasta ‘Abd al-Malik b. Qatān incluido, sólo menciona a diez.

⁹ A Yahyā b. Salama le denomina Yahā b. Maslama (24.13-4), a al-Haytam b. Ubayd al Kilabī le llama Ibn ‘Ufayr al-Kinānī (24.16) y a ‘Uṭmān b. Abī Nis‘a le convierte en ‘Uṭmān b. Abī Sa‘īd (24.14).

¹⁰ Cita a Ḥudayfa b. al-Aḥwās detrás de ‘Uṭmān b. Abī Nis‘a, cuando es su predecesor.

contradictorias¹¹, bien silencia o expone de manera ambigua los sucesos acaecidos bajo su mandato¹².

Significativo es también que frente a la breve y árida información de lo sucedido en al-Andalus guste narrar anécdotas o detenerse para explicar con detalle hechos ocurridos en Oriente o en el Norte de África. Así vemos, por ejemplo, que primero mostrará su interés en reproducir el episodio relativo al nombramiento de Ibrāhīm y al Samḥ, recaudadores de impuestos, y cuya honradez impulsará al califa 'Umar a encargarlos respectivamente del gobierno de Ifrīqiya y al-Andalus; después contará las circunstancias que rodearon la nominación de 'Uqba por parte 'Ubayd Allāh b. al-Ḥabḥāb, walī de Egipto, anécdota que no dudamos fue manipulada por el tercer cronista. Más tarde se detendrá a explicar la auténtica razón que movió a los beréberes africanos a unirse y rebelarse al mando de Maysara, no olvidando mencionar a qué secta pertenecían y resaltar que dicha revuelta no fue motivada por lo que el vulgo contaba sino que tuvo carácter religioso-político. Finalmente, dedicará un amplio espacio a describir el encuentro de Mūsā con el califa Sulaymān.

En suma, del análisis de sus contenidos hemos extraído las siguientes conclusiones:

a) La exposición que ofrece no es la propia de un andalusí interesado por los personajes que han gobernado su país y por transmitir noticias puntuales y pormenorizadas, sino la de un tradicionista que vive lejos de al-Andalus y que trata de recoger, para después transmitir, alguna información sobre la última región conquistada por los Omeyas. Es más, podemos incluso precisar que estamos ante un sirio porque sólo alguien oriundo de dichas tierras daría ese especial enfoque a la que se supone es una "historia de los valíes de al-Andalus".

b) El interés que muestra en las primeras páginas por los asuntos de Ifrīqiya, y el que se preocupe de indicar cuándo en una expedición a dicha zona participaron tropas de los ŷund-s sirios, parece revelar que estamos asimismo ante un guerrero que espera la ocasión de partir junto con sus hermanos a luchar contra los beréberes del Norte de Africa.

¹¹ Por ejemplo en el primer párrafo (20.1-6) indica que la gente de al-Andalus eligió a [Ayyūb] Ibn Ḥabīb al Lajmī *después de haber estado varios años sin valí*, para añadir a continuación que 'Abd al-'Azīz murió a finales del 98 y que entregaron el mando a Ibn Ḥabīb a comienzos del 99. Claro error que puede tener dos explicaciones: las frases con las fechas corresponden a una interpolación posterior, aunque lo lógico sería que su autor hubiera suprimido la noticia que consideraba incorrecta. Se están reproduciendo las palabras de un borrador donde el tradicionista ha ido apuntando las diversas versiones que oye, al desconocer qué datos son verdaderos.

¹² En pp. 24-5, se limita a dar el nombre de los cuatro valíes que sucedieron a 'Anbasa para después añadir: " 'Abd al-Raḥmān b. 'Abd Allāh al-Gāfiqī fue derrotado y muerto en la llamada Calzada de los Mártires"; "el primer gobierno de 'Abd al Malik b. Qaṭān duró seis meses"; "los seis valíes mencionados hicieron la guerra santa contra el enemigo, y conquistaron todo al-Andalus extendiéndose hasta *Ifrān*, y todos fueron nombrados por Bišr b. Ṣafwān" (dato incorrecto). Poco después y, en consonancia con lo expuesto en nuestra nota anterior, dirá también de 'Uqba (28.2-3) "se apoderó de Galicia, Álava y Pamplona no quedando ninguna aldea de Galicia sin conquistar".

c) Todas esas vaguedades y errores tienen fácil explicación cuando se piensa que está basada en tradiciones orales que ha escuchado en un país alejado de aquél donde ocurrían los hechos y que son apuntes tomados en una época en la que, por no existir textos escritos, no resulta posible compulsar datos. Asimismo, ese ir y venir sobre un suceso o el ofrecer de manera desordenada, y a veces repetitiva, determinadas informaciones sugiere que, además, nos encontramos ante simples notas, recogidas para uso personal y pertenecientes a alguien que no puede recibir aún el calificativo de *ajbārī*, aunque su interés por la historia le lleve a reunir noticias.

1.2. Observaciones sobre su estilo y lenguaje

Al volver sobre las notas que presentamos en previos artículos relativas al lenguaje, estilo y estructura de la “Historia de la invasión y de los valíes”, y que nos movieron a defender la existencia de una cierta unidad entre los dos primeros fragmentos, nos vemos obligados a rectificar y a precisar que sólo la parte que acabamos de analizar guarda relación con la llamada “crónica siria”.

Característica de ambas, y no de la correspondiente a la conquista, es la de haber sido estructuradas de manera similar, mediante el uso, a modo de titulillo, de la fórmula *raḡya'a al ḡadīl* para anunciar que tras dar por concluido un *jabar* va a enlazar con otro del que habló previamente; y el detenerse con el propósito de adelantar que más tarde volverá sobre el tema ahora aludido o bien para recordar que antes ha hecho referencia al mismo personaje o evento. Así vemos que la citada fórmula sólo la encontramos en estas páginas y en las que hemos atribuido al autor del siglo VIII¹³; que de los cuatro incisos cuya función es avisar que “en su lugar oportuno” retomará la historia de la que acaba de tratar, dos, referidos respectivamente al alzamiento de Pelayo (28.11)¹⁴ y a la entrada de Balḡ (29.7-8)¹⁵, se ubican en esta parte y dos en la historia de las guerras civiles¹⁶. Asimismo, en las páginas de la crónica siria por dos veces recuerda que está haciendo referencia a sucesos tratados en la historia de los valíes. Primero, al

¹³ En 29.9 la utiliza para anunciar que vuelve a dar noticias de Mūsā. Los cinco testimonios restantes corresponden a: la entrada de Balḡ (37.11), el gobierno de Abū l-Jaḡḡar (56.3), la vuelta a la historia de 'Abd al-Raḡmān (67.1), la partida de las tropas de los *yūnd-s* hacia Zaragoza para auxiliar a al-ḡumayl (67.15) y la puesta en marcha del ejército de Yūsuf y del de Ibn Mu'āwiya (85.14).

¹⁴ Tras señalar que decidieron no atacarle añade: se convirtió en un asunto grave como “referiremos cuando lleguemos al lugar que le corresponde” (*sa-naḡkuru-hu idā balagnā mawḡi'a-hu in šā' Allāḡ*), lo que hará a partir de 61.13.

¹⁵ El texto árabe reza: *qaḡ waḡafnā sababa ḡujūli-hi fī aḡadiḡ ta'tī ba'da ḡaḡā 'ya* hemos descrito la causa de su entrada en relatos que vendrán después de este’.

¹⁶ Cfr. 35.14 : *sa-ya'tī ḡikr ḡālika fī mawḡi'i-hi in šā' Allāḡ* ‘que, si Dios quiere, se referirá en su lugar correspondiente’; lo que hará a partir de la p. 37.11. Más tarde, después de adelantar que el hijo de Yūsuf, el llamado Abū l-Aswad, se escaparía de prisión y se alzaría contra 'Abd al-Raḡmān I en la guerra de Qaḡḡlīna (Qazlona), añade: (100.11): “que, si Dios quiere, después se referirá (*sa-ya'tī ḡikru ḡālika in šā' Allāḡ*); relato que se incluye en p. 116, correspondiente a los Anales de 'Abd al-Raḡmān I, que venimos atribuyendo al autor de la crónica siria.

iniciar el relato de la sublevación de los beréberes precisa: “ya hemos explicado la causa que les había unido e impulsado a rebelarse” (31.14), lo que ha hecho en 28.12-15; después, al aludir de nuevo a Pelayo añadirá: “del que hicimos mención al comienzo de nuestro libro”¹⁷. En nuestra opinión, el que las mencionadas expresiones se localicen en el fragmento que aquí analizamos y en la crónica siria es prueba de que ambos cuerpos salieron de la pluma de un mismo autor, mientras que su ausencia en las páginas relativas a la invasión, estructurada de forma diferente, impulsa a atribuir las a un cronista distinto.

En la misma línea, si se fija la mirada en otras expresiones y vocablos también se constata que se identifica con la crónica siria y se aparta de la relativa a la conquista. La expresión “no sé” (*lā adrī*)¹⁸, propia de un escritor sencillo que no teme confesar su ignorancia de un dato o hecho determinado, sólo se registra en los dos fragmentos que ahora asignamos al mismo autor; e igual sucede con el uso del término *ḥadīṭ*, que antes suponíamos característico de los dos primeros cuerpos. Los últimos estudios han permitido comprobar que la distribución de sus doce ocurrencias es la siguiente: dos en las páginas de los valles (29.8,9) y las diez restantes en las de las guerras civiles (37.11, 50.10; 51.1; 54.6 (2 v.), 56.3, 67.1,15; 85.14; 100.15). En contraposición, el término *ajbār*, utilizado frente a *ḥadīṭ* por el segundo cronista, se consigna en el relato de la invasión (7.12).

También es posible señalar equivalencias con otros vocablos si no fuera porque el uso de algunos no resulta especialmente significativo al encontrarse ligado al contexto. Como ejemplo sólo citaremos *ḡund*, la voz más utilizada en la crónica siria como definitoria de tropas. Dicho término hace acto de presencia en la primera parte (4.1 (2.v.), 4.2) y en la alusiva a los gobernadores andalusíes (22.13; 23.3; 24.6) pero no así en los relatos de la conquista¹⁹, donde únicamente se habla de ejércitos concebidos como ‘iskar (9.9) y sobre todo *ḡayš* (8.6; 10.2,3,7; 12.7,9; 13.1,7,8,14; 18.12).

Finalmente, particularidad propia del compositor de la “historia de los valles” es la de expresarse en un lenguaje que a veces resulta confuso y el de emplear de

¹⁷ Cfr. respectivamente: 31.14: *qad waṣafnā mā allaba-hum* y 61.13: *qad ḡakarnā-hu ft awāl kitābi-nā*.

¹⁸ En estas páginas utiliza *lā adrī* ‘no sé’ en dos ocasiones: al indicar su desconocimiento de la rama de Qurayš a la que perteneció el *walī* ‘Ubayd Allāh (22.2) y al exponer sus dudas en torno a si ‘Abd al-Malik mató a ‘Uqba o le hizo salir de al-Andalus (29.5). En la crónica siria volverá a repetir dicha frase, al mencionar la llegada a tierras africanas de Badr y Sālim para reunirse con el príncipe ‘Abd al-Rahmān y añadir: “ambos se encontraron donde se encontraron, *no lo sé*” (54.9). No incluimos aquí los tres testimonios de la frase *lā usammī-hi* (47.15; 84.6,7) ‘no voy a nombrarle / no voy a decir su nombre’, expresión que Lafuente traduce por cuyo nombre ignoro (p. 56) y no sé (82).

¹⁹ La presencia en dicha parte de un único testimonio, que además corresponde al último párrafo, el cual semeja ser un pegote, lleva a sospechar que tras dar por concluida su “historia de la invasión” y antes de volver a reproducir los apuntes de su antepasado, agregó, reelaborándolo, el relato de la muerte de ‘Abd al-Azīz que aparecía en los viejos papeles y reprodujo la frase “se extendió la noticia entre los principales del *ḡund*”.

manera exclusiva determinadas voces²⁰ y expresiones. Un ejemplo lo tenemos en *wa-dālika anna-hu* 'y eso es que' (21.7, 22.11, 23.2; 24.1; 30.5), a la que acude cuando desea explicar o ampliar un dato; locución no utilizada por el redactor de la conquista, a pesar de su inclinación por los añadidos. El motivo de ello es, a nuestro entender, el haber sido escrita por un hombre joven, por un principiante que ama la historia y ha empezado a tomar apuntes de lo que oye, pero que todavía no los transforma para darles un estilo propio.

En suma, si hacemos una recopilación de nuestras observaciones sobre esta parte, vemos que encajan perfectamente con el personaje al que consideramos autor de la crónica siria y de los anales de 'Abd al-Rahmān I, es decir, con Tammām b. 'Alqama, guerrero que abandonó su país para luchar contra los beréberes norteafricanos, entró en al-Andalus con la tropas de Balý, apoyó la causa de Ibn Mu'āwiya, se convirtió más tarde en su ḥāyib y qā'id, y es narrador al que cronistas posteriores citan como transmisor de sucesos acaecidos en al-Andalus y de los que él ha sido protagonista²¹. Ahora bien, las claras diferencias que se dan entre los otros dos fragmentos que le hemos atribuido en anteriores artículos y el que aquí examinamos, caracterizado por su desordenada exposición y por sus vaguedades y errores, nos llevan a añadir algunas observaciones: Estamos ante viejos apuntes que tomó en Oriente cuando era muy joven y aún no tenía intención de fijar su residencia en tierras andalusíes. Dichas notas no fueron retocadas ni reelaboradas porque en el momento en que puso su pie en la Península dejó de valorar las noticias del pasado para interesarse únicamente por los acontecimientos que afectaron a él y a sus compañeros sirios en la nueva región donde se había establecido y en la que concluiría sus días. Es natural que la crónica creada en la segunda fase de su existencia se distinguiera claramente de la anterior; primero, por recoger hechos vividos por su autor o tomados de labios de contemporáneos suyos; segundo, porque en esa época ya se ha convertido en un auténtico tradicionista.

2. LA HISTORIA DE LA INVASION

Cuando se examinan con detenimiento las páginas relativas a la invasión árabe y se contrasta su lenguaje, estilo y contenidos con los propios del fragmento al que acabamos de aludir, enseguida se percibe que han tenido que ser redactadas por un personaje distinto. He aquí algunas de sus características.

²⁰ Por ejemplo, dice que Tánger era *umm qurā al-barbar*, término, el de *umm*, que nunca emplea el cronista del IX. Este segundo, al aludir a Ceuta, utiliza *ra's al madā'in*; al señalar a Toledo y Sevilla como sedes del reino bajo los romanos y visigodos, usa la expresión *dār al mulk* (5.6, 16.7-8); al mencionar Mérida, *dār ba'ḍ muluk al-Andalus* (16.12); y cuando habla de la capital de una provincia, se inclina claramente por *madīna* (10. 7,8; 12.12, 13).

²¹ Cfr. *Bayān* II, 46.4 y 46.17 donde se le cita como fuente de Muḥammad b. 'Isā y de al-Rāzī.

2.1. *Contenidos y modo de expresarlos*

En primer lugar su autor ofrece una descripción bastante amplia y pormenorizada de la conquista de al-Andalus, aunque, como bien se ha señalado, no sea completa y contenga algunos errores. Imperfecciones que no sorprenden si se tiene en cuenta que estas páginas recogen tradiciones orales de sucesos acaecidos a comienzos del siglo octavo y han sido redactadas en el noveno, quizá en tiempos de Muḥammad (852-886), cuando aún no era posible consultar documentos oficiales o crónicas escritas para compulsar y ampliar los datos que, salidos de labios de historiadores o de narradores de oficio, se habían reunido.

Comienza centrándose en Julián y en los motivos que le llevaron a someterse a Mūsà y a incitarle para que, con su ayuda, se apoderara de al-Andalus; a continuación habla del envío de una expedición al mando de Ṭarīf y de cómo sus informes y el botín conseguido traen el paso de tropas dirigidas por Ṭāriq b. Ziyād, que ahora entran con la finalidad de iniciar la conquista. Después de detenerse a describir con todo tipo de pormenores el enfrentamiento del ejército árabe y del comandado por Rodrigo, pasa a la exposición de la toma de sucesivas ciudades por parte del ejército de Ṭāriq así como de los tres destacamentos que envía, al mando de otros generales, cuando en Écija decide dividir sus tropas y dirigirse con una parte de ellas, la más numerosa, a Toledo. Una vez que ha concluido con las “noticias” relativas a los logros conseguidos por Ṭāriq, introduce las correspondientes a Mūsà. Comienza con información sobre su entrada y el número de gentes que le acompañan; sigue con sus conquistas: Medina Sidonia, Carmona, Sevilla, Mérida, y con el encuentro de ambos dirigentes en Toledo, y termina con la exposición de las circunstancias que rodearon la salida de Mūsà hacia Oriente, acompañado de Ṭāriq y Muḡṭl, añadiendo como epílogo el relato de la muerte de ‘Abd al Azīz b. Mūsà.

A nuestro entender, frente al autor de la historia de los valies, presenta los hechos de manera ordenada, pues sólo en una ocasión vuelve sobre un mismo relato²², distinguiéndose también por ofrecer una descripción bastante detallada en la que abundan las anécdotas y las continuas interrupciones, cuya finalidad semeja ser el hacer gala de los conocimientos adquiridos sobre la conquista del país donde vive y de la historia de su pasado.

Este segundo compositor trasluce una clara inclinación por las leyendas de sabor popular que responden o pueden responder a una realidad histórica y su

²² Nos referimos al que se centra en Córdoba. Primero (pp. 10.9-12.7) describe ampliamente su conquista por parte de Muḡṭl, para concluir con la indicación de que se aposenta en el palacio de su antiguo rey, el cual se había refugiado en la iglesia de San Acisclo con 400 o 500 soldados y escribe a Ṭāriq informándole de ello. Más tarde, tras indicar que los dos destacamentos restantes, una vez concluida la toma de Tudmir, se dirigen a Toledo, vuelve al relato de Córdoba para narrar la huida de su príncipe y de cómo Muḡṭl le persigue y toma prisionero con el propósito de conducirlo ante el Emir de los creyentes.

rechazo por todas esas fábulas y hechos maravillosos que, inventados por los historiadores egipcios, hallaron eco en crónicas como la de 'Abd al-Malik b. Ḥabīb, Ibn 'Abd al-Ḥakam e incluso en las de Aḥmad al-Rāzī y de Ibn al-Qūṭīyya. Él no concibe a Mūsà leyendo en las estrellas el anuncio de la conquista, ni habla de fortalezas de cobre defendidas por genios o de cofres con demonios encerrados por Salomón, ni tampoco menciona ese palacio de Toledo, al que alude Ibn al-Qūṭīyya, y donde Rodrigo, una vez violada su entrada, halló un dibujo de los árabes, acompañado de una inscripción donde se predecía la caída en sus manos del imperio goda. Como auténtico historiador no admite en su obra relatos que desprendan un fuerte olor a prodigio pero, de la misma forma, su vena literaria le mueve a prestar una especial atención a narraciones que, por encerrar matices épicos y legendarios, resultarían más atractivas a la audiencia. Esto le lleva a describir con todo detalle las estratagemas que los árabes utilizan para la toma de Córdoba²³, Carmona²⁴ y Mérida²⁵, así como las que a su vez emplean los cristianos de Tudmir para obtener una paz honrosa, relatándose en este caso el mismo ardid que usaron en Oriente los defensores de Haẏr al ser sitiados por Jālid ochenta años antes²⁶.

De la lectura de este fragmento se deduce también el afán de su autor por ofrecer información lo más completa posible sobre las tropas invasoras y las circunstancias que rodean su entrada. Precisa el número de los que forman los sucesivos ejércitos de la conquista, así como el de las naves que los transportan, y continuamente se detiene para agregar explicaciones sobre los datos que acaba de aportar. Según su versión, Ṭarīf pasó en cuatro barcos con 400 hombres de los que 100 eran jinetes (6.4-5); Ṭāriq, que también utilizó las mencionadas naves, "por ser las únicas que tenían", llegó con 7.000 peones y jinetes, la mayor parte de los cuales eran beréberes y mawālī (6.11-71) y, al comprender que dichas fuerzas no podrían contrarrestar al poderoso ejército de Rodrigo, de unos 100.000 hombres y no más, "por haber sufrido tres años seguidos de sequía y hambre",

²³ Cfr pp. 10.9-12.7 donde se narra cómo un pastor muestra a Muḡṭī, en medio de una tormenta, una brecha abierta en el muro que les permitirá entrar y apoderarse de la capital, lo que hacen subiéndose a una higuera y utilizando el turbante de su caudillo.

²⁴ Cfr. 15.15-16.6 donde se señala que Mūsà, ante la dificultad de su toma debido a sus fuertes defensas, manda a un grupo de cristianos que, fingiéndose fugitivos, serán recibidos en la ciudad y por la noche abrirán la puerta a los musulmanes.

²⁵ Su extensa descripción consta de dos partes; en la primera (pp. 16.14-17.12) se narra la derrota de los musulmanes que mueren bajo una máquina construida por ellos y colocada junto a una torre que recibiría el nombre de *burġ al-ṣuḥadā'* 'torre e los mártires'; en la segunda (pp.17.12-18.8), la argucia de Mūsà de teñirse su barba blanca, primero de rojo y después de negro, lo que mueve a los cristianos a creer que están ante un profeta y a rendirse, aceptando sus condiciones.

²⁶ Sobre esta estratagema (12.14-13.13), consistente en hacer que las mujeres se coloquen en el muro con el cabello suelto, para simular la existencia de un ejército del que se carecía, véase Dozy *Recherches* (Leiden 1881), I, 50, nota 1. Se ha de añadir que el relato del *Ajbār* no responde a una realidad histórica por existir constancia de que dicha ciudad concertó la paz con 'Abd al-Azīz y no con los destacamentos de Ṭāriq.

escribió a Mūsà quien le mandó otros 5.000, ahora en nuevos barcos recién contruidos, por lo que sus tropas alcanzaron la cifra de 12.000 (7.9-10). Más tarde y, tras haber señalado que Mugīṭ realiza la conquista de Córdoba con 700 jinetes, sin peón alguno, debido a que las victorias anteriores le han proporcionado suficientes caballos para todos (10.5-6), informará del paso de Mūsà con 18.000 hombres, paso que atribuye a la envidia sentida al enterarse de las hazañas de Ṭāriq (15.6-7).

Son muy abundantes también los incisos reveladores de que el redactor de la conquista es una persona con amplios conocimientos geográficos e históricos. Como tal indica el momento en que una fuente o un desfiladero han tomado el nombre de Ṭāriq (9.13, 14.14), o Algeciras el de Ṭarīf (6.7); explica el porqué una torre es denominada “la de los Mártires” (17.10) o a Orihuela se la llama Tudmir (15.1) y, en general, acompaña la mención de una ciudad de alusiones a sus construcciones e incluso a su historia. Datos que proporciona entre otros son los siguientes: Algeciras era arsenal (*dār al-ṣinā'a*) y punto del que zarpaban las naves (6.6); Almeida fue llamada así porque en ella se encontraba la mesa de Salomón, que describe con todo lujo de pormenores; Carmona era una de las ciudades más fuertes de al-Andalus (15.15-16) y tenía una puerta con el nombre de Córdoba (16.5); Mérida, donde residían grandes señores, era notable por sus edificios y monumentos (16.6-10), y lo mismo sucedía con Sevilla, situada a la orilla de un río que no podía pasarse a nado (17.10) y ciudad que fue capital del reino en tiempos de los romanos hasta que los godos la conquistaron y trasladaron su sede a Toledo (16.6-9).

Ahora bien, si como hombre culto gusta detenerse a hablar de aquellos lugares cuyas características e historia conoce, el análisis de la información que ofrece sobre Córdoba hace sospechar que ha residido en dicha capital, pues propio de los oriundos de una villa es el no limitarse a señalar el nombre, función o emplazamiento de un edificio sino el aprovechar su mención para explicar la suerte que ha corrido hasta llegar a sus días, lo que a menudo hace mediante la introducción de un “hoy”. Así vemos que, además de indicar que “Córdoba, fue una de las ciudades más importantes” y añadir: “y es hoy alcazaba de al-Andalus, su Qayrawān y el lugar donde reside su rey” (10.4-5), cuenta que la llamada antiguamente, cuando no había puente por estar destruido, puerta de Algeciras (11.12-3; 21.11), situada frente a un río que distaba del muro 30 codos (11.3-4), es la que en su tiempo se denominaba puerta de la Estatua o del Puente (10.15; 11.11). Asimismo, sabe que la puerta occidental era la de Sevilla (12.3-4); que en la parte oeste de dicha ciudad existía una iglesia dedicada a San Acisclo (12.4-5), que recibió el nombre de iglesia de los prisioneros (14.10: *kanīsa l-asrà*) después de que Mugīṭ tomara cautivos a los cristianos que se habían refugiado en ella, o que junto a la capital, entre la alquería de Secunda y Tarsay, había un bosque de cedros (10.9-10).

Finalmente, el examen de todas esas frases cuya función es actualizar datos, y entre las que se encuentran las que incluyen un “hoy”, hace suponer que el autor de la historia de la conquista realizó interpolaciones en la crónica siria y en los anales de ‘Abd al-Rahmān I, aunque no siempre es posible distinguir qué incisos explicativos forman parte intrínseca del relato y cuales han sido incrustados en textos escritos con anterioridad. El hecho de encontrarnos ante dos autores que han residido en Córdoba y son propensos a detenerse para dar explicaciones sobre personas o lugares mencionados²⁷ y el que el primero viviera en al-Andalus setenta años (741-811)²⁸, tiempo suficiente para remontarse del pasado al presente, dificulta la labor de análisis, que sólo alcanza resultados satisfactorios cuando el contexto o lenguaje proporcionan datos complementarios.

Así vemos, por ejemplo, que de las seis ocurrencias que contienen un “hoy” únicamente tres se pueden atribuir con seguridad al cronista del siglo IX y una al tradicionista del VIII²⁹. Al primero pertenecen las dos correspondientes al relato de la invasión, es decir, la ya mencionada alusiva a Córdoba (10.4-5) y la referente a la torre de los Mártires, incrustada en uno de esos párrafos que, según Sánchez Albornoz, tienen carácter erudito y sobre el que volveremos más adelante; la tercera, ubicada en los Anales de ‘Abd al-Rahmān I, es un claro añadido, motivado por el deseo de aprovechar la noticia de que al-Bazī fue nombrado oficial de la guardia negra para informar de que entonces “no se conocía la que hoy existe y que la estableció al-Ḥakam” (109.6), así como de los cambios experimentados en la organización del ejército desde aquella época. Del cronista del VIII es sin lugar a dudas la que reza (99.8): “al-Marwānī y su hijo (‘Abd Allāh) no han dejado de disfrutar de un alto rango hasta el día de hoy”, locución de gran interés, por ser prueba indiscutible de que la crónica siria tuvo que escribirse lo más tarde a comienzos del reinado de al-Ḥakam I (796-821)³⁰, cuando el autor hace un alto para describir a ‘Abbās b. ‘Abd Allāh b. al Marwānī, nieto del primero, como personaje que forma parte de la jāṣṣa o corte al-Ḥakam y disfruta junto a él de una posición social a la que nadie antes había llegado (127.

²⁷ Los amplios conocimientos que el cronista del VIII tiene de Córdoba y de sus alrededores pueden avalarse en multitud de frases que aquí no recogemos por haber sido señaladas por SA, *Ajbār*, pp. 59, 83-4.

²⁸ Si, como creemos, ordenó sus apuntes para la primera redacción cuando era anciano muy bien pudo completar y actualizar datos de sus propias notas.

²⁹ Las dos restantes, que consideramos dudosas, son las siguientes: 61.1-2 donde se indica que la mezquita mayor de Córdoba (*mašjidu al-ḡāmi'*) ocupa “hoy” el lugar de la iglesia en la que al-Ṣumayl introdujo a los prisioneros tras vencer en Secunda, mezquita a la que en 114.2 se volverá a aludir con las mismas palabras; y la correspondiente a 114.7-8, relativa al lugar donde Aysūn mató al asesino de su padre y “que ha sido llamado hasta “hoy” *Majāda Aysūn*”.

³⁰ Aunque se ignora la fecha de la muerte de ambos y sólo se les cita como personajes sobresalientes de la corte de ‘Abd al-Rahmān I, el conocimiento de que al-Marwānī y su hijo ‘Abd Allāh, entonces *wālī* de Morón, vencen a Yūsuf en el año 758, impide retrasar más la muerte del padre.

16-128.2)³¹, y no alude a sus antepasados, lo que cabría esperar si no hubieran muerto.

Un último punto atañe al examen de los mencionados incisos como medio de fechar este fragmento. Si fuera cierto, como supone Sánchez Alborno, que el compilador y autor de la crónica de 'Abd al-Rahmān III compuso en el siglo XI "la historia de la invasión", podemos preguntarnos ¿por qué un escritor con clara inclinación a interrumpir relatos referentes al siglo octavo, para dar explicaciones y actualizar noticias, no se comporta de la misma forma al historiar el décimo? De haber vivido en el XI o en el XII-XIII, como algunos sugieren, lo lógico sería que, ateniéndose a su costumbre, al redactar el reinado del primer califa omeya, hiciera referencia a los descendientes de los muchos personajes que menciona, hablase de la suerte corrida por algunos monumentos durante las revoluciones cordobesas y, sobre todo, no guardara absoluto silencio en torno a sucesos de importancia capital que tuvieron lugar tras la caída del califato. A nuestro entender, la ausencia en la última parte –la relativa a an-Nāṣir– de cortes que trasladen al lector a una etapa posterior a aquella en la que se ubican los hechos narrados sólo tiene una explicación; no se trata de un cambio de actitud sino de que nadie puede hablar de tiempos que no ha vivido. En la misma línea, el que en la primera, la centrada en el siglo octavo, su autor nunca aluda a personajes o hechos que vayan más allá del siglo noveno, hace pensar que el límite de su vida no sobrepasó dicha centuria. Tesis acorde con la atribución de este fragmento a Tammām b. 'Āmir (803-896) que muy bien podría hacer aquí incisos para remontarse a su tiempo, resultando también lógico que no actúe de igual forma en sus "estampas de los emires" donde narra anécdotas o sucesos cuyos protagonistas son o han sido contemporáneos suyos.

Lenguaje y terminología

El análisis contrastado de los dos fragmentos que configuran la historia de la conquista y la de los valies pone de manifiesto que en el primero se da una clara unidad de estilo a la vez que se distingue del segundo por ser su redacción fluida y elegante y por contener un vocabulario mucho más rico y variado, características todas ellas acordes a la naturaleza de un literato que cuida sus modos de expresión y no se conforma con reproducir al pie de la letra las tradiciones orales que escucha sino que las reelabora y las transforma en exposiciones con carácter y colorido propios.

En lo que atañe a la terminología su examen revela que el autor de estas páginas, además de utilizar un número mayor de términos que el cronista del VIII, a menudo se preocupa de elegir aquellos que dentro de un determinado

³¹ Sobre este este 'Abbās, que fue también gobernador de Bejar en tiempos de Hišām, cfr., Ibn al-Qūṭiyya, 45.5; al-Juṣānī (ed. Ribera), 47.12,20; 51.1-8, y *Bayān* II (ed. Colin-Lévi-Provençal), 78.17.

contexto considera más adecuados. Por ejemplo, si nos centramos en los nombres utilizados para definir a los habitantes de al-Andalus antes de la invasión se captan claras diferencias. El compositor de la historia de los valíes gusta concebirlos como *ahl* o *nās* 'gente'³², y sólo en una ocasión, al aludir a los compañeros de Pelayo, elige *ilŷ* (28, 10), término que, por cierto, no se localiza en la obra de Ibn al-Qūṭiyya. Por su parte, el que aquí nos ocupa agrega a dichas denominaciones otras muchas e incluso a veces acude a las que, piensa, se acoplan mejor a los hechos históricos narrados como sucede con 'godo' y 'romano'. Así vemos que los dos testimonios de *qūṭiyyūn* 'godos' aparecen al hablar del pasado de Sevilla e indicar que "fue la capital del reino antes de que los godos se apoderaran de al-Andalus" (16.8) y al señalar que "una vez concluida su conquista éstos trasladaron la capital a Toledo" (16.9). En cuando a *rūmanī* 'romanos'³³ la única ocurrencia forma parte del mismo relato y, en concreto, de una frase cuya finalidad es informar que en el siglo VIII "seguían viviendo en Sevilla gentes de la nobleza romana (16.9: *šarīf al rumanī*) así como jurisperitos y sabios en letras sagradas y profanas de la misma procedencia que los anteriores"³⁴. Un tercer término es *yahūd* 'judío', cuyas apariciones se ubican en textos donde se señala la costumbre de los musulmanes de dejar tropas a cargo de judíos en aquellas ciudades donde los había (Granada, Córdoba y Béjar: 12.10 (2.v.); 14.11; 16.12) y el hecho de que no pudieron hacer lo mismo en Málaga (12.13) por no existir en ella habitantes de dicha etnia. Otros vocablos son 'ayām 'no árabe', del que ofrecen dos ocurrencias³⁵, y la expresión *ahlu-l-balad* (7.12) designando a gentes que acompañan a Julián y proporcionan a Ṭāriq información. Finalmente, en lo que afecta a voces de carácter religioso, se ha de resaltar la ausencia de *našrānī* o de su plural *našāra*, usados por Ibn 'Idāri³⁶ e Ibn al-Qūṭiyya³⁷, y de expresiones definitorias de cristianos que han capitulado,

³² Si en las tres primeros folios habla de *ahlu-l-Šām* (2.9) o *ahl Ifrīqiya* (4.3) -aunque acude a *al-rūm* (2.8, 2.11) al referirse a los bizantinos de Oriente- en la de los valíes encontramos *ahlu-l-Andalus* (21.1; 23.13; 25.7; 30.9), *ahlu-l-Šām* (29.7), *ahl Tanŷa* (28.16), además de *ahlu-l-balad* (23.1) y *al-nās* (2.6 y 22.6).

³³ En esta obra nunca se aplica su equivalente *rūm* a habitantes de al-Andalus, cosa que sí hace Ibn al-Qūṭiyya (ed. Ribera), p. 10.9.

³⁴ Curiosamente Ibn 'Idāri también habla de romanos al describir la conquista de Sevilla, utilizando palabras muy similares al *Ajbār*; primero dice que fue la capital de los romanos de Roma (*Bayān*, II, 14.6: *dār mulk rūm Rūma*); después indica que al trasladar los godos la sede del reino a Toledo quedaron en ella sabios escritores y jefes romanos (14.8: *min ahlu-Rūma*)

³⁵ A través de ellas define respectivamente a los nobles que forman parte del ejército de Rodrigo (7.13: *jiyār 'ayām al-Andalus*) y a un grupo de sevillanos que se rebelan junto con los de Béjar (18.8: *'ayām ahlu l-Šbīliyya*). Este autor no emplea sin embargo el término 'ayamiyya 'lengua romance' que se repite en textos del siglo X. En una ocasión, al hablar de un tipo de tierra dura, dice que es denominada *lašā māša* en la lengua de la gente de al-Andalus (17.8: *lišān ahlu l-Andalus*).

³⁶ Cfr. *Bayān* II, 5.19; 7.3; 9.13, etc. Este autor utiliza también *kāfir* en II, 26.6 (en el relato de al-Samḡ).

³⁷ Ob. cit., 7.7,8

empleadas por el último³⁸. Por su parte, en una ocasión, al hablar de la conquista de Ēcija, emplea *mušrik* 'politeísta (9.11) como contrapuesto a *musulmán*³⁹, y por dos veces pone en boca de un cristiano la exclamación ¡Por el Mesías! (5.10; 20.10-11: *wa-l-Masīh*).

Significativo es también que sea en este fragmento donde se localizan voces cuyo uso corresponde a una época tardía y que nunca salen de labios del autor del VIII y expresiones que vienen siendo calificadas de eruditas. Dentro de las primeras tenemos Granada y Málaga, topónimos citados aquí como capitales respectivas de Elvira y de Rayya (12.12) y estudiados por Gómez Moreno⁴⁰ y Sánchez Albornoz⁴¹. Una tercera voz es *al-mawālī* que, según nuestras investigaciones⁴², no comenzó a utilizarse hasta el reinado de Muḥammad y vino a definir a un grupo social específico, el de aquellos que se consideraban "parientes" de los soberanos omeyas.

Finalmente, y en lo que respecta al segundo tipo, creemos de interés detenernos para resaltar la presencia en la historia de la invasión, y en dos claras interpolaciones ubicadas en la crónica siria, de una curiosa frase que Sánchez Albornoz califica de "pretenciosa" y "propia de un erudito satisfecho de su ciencia", frase reveladora para nosotros de que el relato de la conquista y el de los valies proceden de dos manos distintas. Frente a ese escritor sencillo que no teme confesar mediante un "no sé" su ignorancia de un determinado dato, el que aquí nos ocupa gusta resaltar que proporciona información conocida por muy pocos. Esto lo hace primero al hablar del sitio de Mérida y, en concreto, del ataque de Mūsà a una de las torres de la muralla junto a la cual perecen muchos musulmanes. Después de indicar que por ello se llamó "torre de los mártires" (17.11: *burġ al-šuhādā'*), añade: "nombre que aún hoy día conserva aunque son pocos los que conocen eso". Una expresión similar volvemos a encontrar en el relato de la muerte de 'Abd al-Malik b. Qaṭān, formando parte de un breve párrafo, incrustado en un pasaje de estilo radicalmente distinto que, en opinión de Sánchez Albornoz, "el compilador" ha interpolado para dar muestras de su erudición⁴³. Después de leer el relato de la crucifixión del gobernador y del robo de su cadáver por parte sus *mawālī* beréberes nos encontramos, como colofón,

³⁸ *Ibid*: 20.10: *ahlu-ḡimma min al-'ayām*.

³⁹ Cuenta que se trabó un violento combate en el que los *musulmanes* tuvieron muchos muertos y heridos pero Dios les ayudó y vencieron a los *politeístas*.

⁴⁰ Gómez Moreno "De Iliberrí a Granada", BAH, 1905, pp. 50-2.

⁴¹ SA, *Ajbār*, pp.25-26, 52-65, donde hace un amplio estudio de estos dos topónimos.

⁴² Cfr. nuestros artículos "Una nueva interpretación de «árabe», «muladí» y «maula» como voces representativas de grupos sociales", *Proyección histórica de España en sus tres culturas*, Valladolid, 1993, III, 143-55, y "Sobre el significado de *mawālī* en la historia omeya de al-Andalus", *al-Qaṭara*, XXII (2001), 321-344.

⁴³ Sobre esta interpolación y la coincidencia "en su tono pretencioso y erudito" con el párrafo que acabamos de analizar de la "torre de los mártires", perteneciente a la primera parte, cfr. SA, *Ajbār*, 166-8.

con la siguiente explicación (42.8-14): “Dicho pasaje se denominó Maşlab (lugar de la crucifixión de) ‘Abd al-Malik b. Qaṭān, nombre que conservó hasta que Yūsuf -tiempo después- fue nombrado wālī y [su hijo] Umayya b. ‘Abd al-Malik construyó en aquel lugar una mezquita a la que llamaron mezquita de Umayya, lo que provocó la pérdida de la anterior denominación. La dicha mezquita fue derruida mas tarde, el día de la sublevación de los cordobeses contra al-Ḥakam b. Hišām, quedando el lugar desierto por lo que ambos nombres, el de la crucifixión y el de la mezquita, cayeron en el olvido, excepto para quienes conocen eso. El tercer testimonio, juzgado por Sánchez Albornoz de “interpolación desdichada y pretenciosa”⁴⁴, aparece en el pasaje donde se describe la muerte de Yūsuf y la de Sābiq al-Fārisī, mawlā de los Banū Tamīm, que en ese momento le acompañaba. En este caso también resulta patente que a la frase alusiva a los lazos de clientela que unen al segundo con los Banū Tamīm, una mano distinta, la de alguien informado de la familia de Sābiq, ha añadido (100.1-2): “los que carecen de conocimientos sobre él dicen que era mawlā de Yūsuf, personaje de cuya descendencia únicamente queda en Zaragoza un paje o servidor (waṣīf)”, para enlazar de nuevo con el antiguo relato: “Iban desfallecidos por el rápido galopar y no llevaban consigo protección ni medios para defenderse...”.

En suma, la lectura de este fragmento, con la atención puesta en su lenguaje, estilo y forma de exponer los contenidos, afianza nuestra tesis de que la historia de la invasión se redactó en época posterior a la de los valíes y fue obra de un personaje con cultura, inclinaciones y gustos muy distintos. Frente a ese joven guerrero y tradicionalista sencillo que, como autodidacta o aprendiz de ajbārī, se expresa de forma desordenada y confusa, se alza ante nuestra vista alguien que ha recibido una educación esmerada y gusta hacer gala de sus conocimientos. Perfil que encaja perfectamente con el de Tammām b. ‘Āmir, cortesano y amigo de ‘Abd al-Raḥmān II, ministro de los tres últimos emires omeyas y, ante todo, como le describe Ibn Ḥayyān, “literato, poeta, hombre elocuente e historiador que gustaba transmitir antiguas tradiciones relativas a al-Andalus”⁴⁵. A ello podemos añadir que el poeta ‘Abd Allāh b. Ḥuṣayn b. ‘Āsim le tacha de engreído, vanidoso y petulante⁴⁶, es decir, le aplica el mismo tipo de calificativos que Sánchez Albornoz adscribe al autor de estas páginas.

3. ULTIMAS OBSERVACIONES A MODO DE CONCLUSIÓN

Queremos aprovechar este último epígrafe para ofrecer nuestra opinión sobre la manera en que pudo irse estructurando el primer fragmento y, en general, el

⁴⁴ Cfr., ibíd, p. 177.

⁴⁵ Cfr. *Muqtabas* II (ed. Makkī), p. 179. El texto dice literalmente: “*kāna adīb sāʿir gazīr al-qawl ajbārī rawīya li-ajbār al-Andalus al-qadīma*”.

⁴⁶ Ibid, 183. Al describirle utiliza dos nombres con similar significado: *ijtiyāl* ‘arrogante, presuntuoso, engreído, orgulloso, ufano de sí’, y *mutaḡarīs* ‘vanidoso, engreído, fatuo, petulante’.

conjunto de la obra denominada *Ajbār Maʿyṁūʿa*, aunque lo hacemos conscientes de que únicamente exponemos razonamientos que hemos creído deducir de su estudio y que, por responder a una visión muy personal, sólo pueden aceptarse en el terreno de las hipótesis.

La composición del *Ajbār Maʿyṁūʿa* la inició en Siria un guerrero que, deseoso de conocer y transmitir noticias sobre la historia de los Omeyas, empezó a tomar nota de lo que oía a otros narradores aunque prestando una atención especial a los conflictos internos que impedían a los soberanos de dicha dinastía ampliar sus dominios en el Norte de Africa, región que acaparaba su interés, posiblemente porque estaba ansioso de formar parte, junto con otros compañeros del *ʿyund*, de una de las expediciones que salían hacia Ifrīqiya para combatir a los beréberes y realizar nuevas conquistas.

Este primer autor, que identificamos con Abū Gālib Tammān b. ʿAlqama (m. 811), abandonó su país en el año 740, formando parte del ejército de Kulṭūm; entró en al-Andalus con Balʿ, b. Bišr; participó en las llamadas “guerras civiles”; ayudó a ʿAbd al-Rahmān a convertirse en el primer emir omeya andalusí y fue durante su gobierno *ḥāyib* y jefe de sus ejércitos. Ahora bien, si como militar desempeñó un papel importante en los acontecimientos que tuvieron lugar desde su entrada en la Península hasta la muerte de Hišām, cuyas tropas también dirigió, como tradicionista se dedicó a narrar hechos vividos por él o que conoció a través de compañeros suyos; actividad documentada por historiadores que reproducen relatos de esta época introducidos por “me contó /contó Tammān b. ʿAlqama”⁴⁷. Es natural que en dicha etapa fuera poniendo por escrito, para que le sirvieran de memorándum, esos *ajbār* que solía transmitir; apuntes que en este caso se distinguirían de los tomados en su juventud por lo detallado y preciso de la narración, así como por el estilo.

En los últimos días de su vida, cuando formaba parte de la corte de al-Ḥakam I, debió tomar la decisión de ordenar cronológicamente sus notas y reunir las en ese libro que, dice, está escribiendo⁴⁸. De ser así, éste correspondería a la primera redacción del *Ajbār Maʿyṁūʿa* que, lógicamente, no realizaría con el propósito de sacarla a la luz, dada su posición social y la presencia en ella de párrafos y frases que podían ofender a los Omeyas. Su intención tuvo que ser la de legarla a sus descendientes para que éstos conocieran su propia versión de un periodo vivido por él y para que se sirvieran de ella aquellos que heredaran su afición por la recogida y transmisión de noticias.

Dicho libro, ideado como una historia de la primera etapa de al-Andalus, se iniciaba con los viejos apuntes redactados en Siria, que no corrigió ni completó por juzgar su contenido de escaso valor e interés; después le seguirían, como núcleo principal, la crónica siria y los anales de ʿAbd al-Rahmān I, no

⁴⁷ Cfr. nuestra nota 21.

⁴⁸ Cfr nuestra nota 17 donde reproducimos la frase correspondiente a 61.13.

desechando la posibilidad de que concluyera con alguna anécdota del príncipe Hišām. Esta última sugerencia la deducimos al sospechar que a él se debe el segundo título que consta en el manuscrito conservado y que semeja encajar perfectamente con su estilo de ir y venir según las ideas surgían en su mente. Es decir, primero encabezó su obra con “Colección de tradiciones sobre la conquista de al-Andalus, mención de los emires que la gobernaron hasta la entrada de ‘Abd al-Raḥmān b. Mu‘āwiya, y de cómo [dicho príncipe] se hizo con el poder; su reinado y el de su hijo”. Después añadió ese extraño parrafillo, indicativo de que también incluía una parte que consideró de interés resaltar: “y las guerras que tuvieron lugar entre ellos por tal motivo”, frase que, a nuestro entender, alude a las que enfrentaron a los andalusíes desde la entrada de ‘Abd al-Raḥmān hasta su muerte, como resultado de la instauración de la dinastía Omeya y de los esfuerzos de Ibn Mu‘āwiya por eliminar a aquellos que podían estorbar sus planes.

Los papeles del “archivo familiar”, como son llamados por Ribera y Sánchez Albornoz, fueron heredados por uno de sus descendientes, Abū Gālib Tammām b. ‘Āmir, poeta, literato e historiador, que decidió ampliarlos y hacer diversos retoques, para lo cual pudo muy bien proceder de la forma siguiente:

Tras encabezarlos con un segundo título más breve copió al pie de la letra las dos primeras páginas y, al no satisfacerle las noticias que leía sobre la conquista, quizá por considerarlas demasiado incompletas y desordenadas, redactó una nueva historia de la invasión basándose prioritariamente en relatos recogidos por sí mismo, aunque pudo aprovechar algún jabar de su antepasado, como el relativo a la muerte de ‘Abd al-Azīz, que semeja ser algo adherido, a modo de apéndice, al final de la parte que a él atribuimos. Después reprodujo las notas de su tatarabuelo sobre los primeros valíes, cuya redacción en este caso respetó, probablemente por tratar un tema que no le atraía y prefería dejar de lado. Su siguiente paso fue la copia de la crónica siria y de los anales de ‘Abd al-Raḥmān I que, sospechamos, suscitarían en él sorpresa e interés, por contener una versión de las guerras civiles y del periodo de Ibn Mu‘āwiya muy diferente de la que había escuchado de historiadores de su tiempo. La importancia que dio a esta parte le motivaría a examinarla con detenimiento y, consecuentemente, a tratar de mejorarla mediante el añadido de frases y breves párrafos que completaran y actualizaran datos e, incluso, de alguna anécdota como es la relativa al Ṣadfūrī. A él pertenecería, por lo tanto, ese alto número de interpolaciones que se ubican en ella y que suelen atribuirse a un contemporáneo de ‘Abd al-Raḥmān II. Finalmente, tomó la determinación de continuar la obra de su antepasado agregándole la historia de los emires posteriores a Ibn Mu‘āwiya.

En nuestra opinión, la segunda redacción del Ajbār terminaba con la muerte de ‘Abd al-Raḥmān II, y la debió de realizar en el periodo de su sucesor Muḥammad, o sea, poco después de haber dado a luz su urǧūza, cuya difusión le hizo célebre; crónica en verso de una historia de al-Andalus que también abarcaba

desde la conquista hasta la muerte del mencionado príncipe, y que terminó de redactar en el año 229 (=843-4) cuando dicho soberano aún seguía con vida, dato que proporciona Ibn Ḥayyān⁴⁹, y no después de su fallecimiento, como sugería Dozy.

Ahora bien, una vez que incorporó al *Ajbār* la primera parte de las “Estampas de los emires”⁵⁰ siguió tomando nota de anécdotas y sucesos acaecidos a lo largo del reinado de Muḥammad, al-Munḍir y ‘Abd Allāh, de los cuales fue ministro, apuntes que quizá reunió con el propósito de reelaborarlos más tarde, cuando encontrase el momento oportuno, y agregarlos al *Ajbār*, proyecto que nunca llevó a cabo.

Los papeles del “archivo familiar” cayeron de nuevo en manos de un tercer personaje cuya identificación resulta más difícil. Tal y como hemos señalado en anteriores artículos⁵¹ el análisis de su personalidad y estilo nos ha llevado a sugerir que parece tratarse de un alfaquí, y a proponer la posibilidad de que fuera Abū Gālib Tammām b. ‘Abd Allāh (917-987), tataranieta del primer tradicionista, que vivió en la corte de al-Ḥakam II⁵², aunque la escasez de datos reunidos sobre este último deja libre el camino para la búsqueda de otro descendiente o amigo de la familia. En cualquier caso, este tercer compositor redactó la crónica de ‘Abd al-Raḥmān III y efectuó en la obra que tenía en su poder algunos retoques y añadidos. En nuestra opinión, copió los borradores de Tammām b. ‘Āmir relativos a los tres últimos emires, completando el de ‘Abd Allāh⁵³, y fue el responsable de una serie de interpolaciones de carácter muy particular⁵⁴. Asimismo creemos que manipuló la anécdota de la recepción de ‘Uqba con el propósito de atacar comportamientos de los Omeyyas y de sus mawālī, pasaje en el que aquí no podemos detenernos, dada su complejidad y la necesidad de dedicarle un alto número de páginas⁵⁵. Él fue también el que, en tiempos de al-Ḥakam II,

⁴⁹ Cfr. *Muqtabas* II, p. 179.

⁵⁰ El análisis de las páginas que atribuimos a este autor y, en concreto, el de la forma en que estructura la vida de los diversos emires, nos ha llevado a distinguir dos partes, la segunda de las cuales se inicia con el reinado de Muḥammad, aspecto que examinamos en el artículo publicado en *AEA*, 12, pp. 547-8.

⁵¹ Nos referimos a los citados en nota 1.

⁵² Sobre este personaje, véase nuestro artículo “Los autores del *Ajbār*...”, pp. 550-51.

⁵³ Pensamos que añadió el párrafo correspondiente a 151.10-152.1, cuyo estilo y lenguaje difieren del anterior y posterior.

⁵⁴ Suya es, sin duda, esa frase pesimista localizada en el relato de al-Samḥ, así como la información de que la batalla de Secunda había sido anunciada en un libro de pronósticos. Sobre la personalidad de este autor, que muestra una clara inclinación por las profecías y vaticinios y gusta pronosticar futuros desastres, véase artículo y pp. citadas supra en nota 52.

⁵⁵ Si bien en un principio teníamos la intención de incluir en este artículo un estudio sobre la audiencia de ‘Uqba, nos hemos visto forzados a desechar dicha idea y reservarla para otro artículo, al ser conscientes de que sólo podían extraerse conclusiones convincentes si se examinaba comparativamente con la audiencia de Artobás, que describe Ibn al-Qūṭīyya, y se completaba con observaciones sobre la postura política representada por ambos autores y reflejada en la terminología y contenidos de ambas anécdotas.

decidió dar a conocer esta historia singular aunque, la necesidad de no involucrarse y de no implicar a una familia muy respetada y que había desempeñado un papel importante junto a los sucesivos soberanos, desde Ibn Mu'āwiya hasta 'Abd al-Raḥmān III, le llevaría a presentarla como obra anónima y a tomar las medidas oportunas para que nadie sospechara su procedencia.

No hay duda de que consiguió su propósito porque los que acudieron al Ajbār para apropiarse de datos o para manipular noticias cuyo enfoque histórico no compartían silenciaron su existencia, como si se tratara de una obra de lectura prohibida. Ahora bien, si el comportamiento del "compilador" y de los historiadores que la utilizaron ha permitido a sus autores permanecer muchos siglos en la oscuridad, creemos que su estudio proporciona datos suficientes para afirmar que ha sido compuesta por miembros de una familia de prestigio, que han gozado del favor y de la amistad de diversos soberanos y que, además, gustan hablar de hechos y personajes de su propio tiempo. El convencimiento de que el rico e interesante material contenido en ella podía permitir la localización de sus autores nos impulsó a dar unos primeros pasos en ese camino que se abría ante nuestros ojos y que venimos recorriendo con la esperanza de que la colaboración de otros investigadores haga posible en el futuro aceptar y confirmar que el Anónimo de París tiene nombres y apellidos, quizá el de esos tres personajes que, curiosamente, comparten la denominación de Abū Gālib Tammām.